

en torno a NIJINSKI, CLOWN DE DIOS, de Maurice Béjart

FERNANDO ALONSO

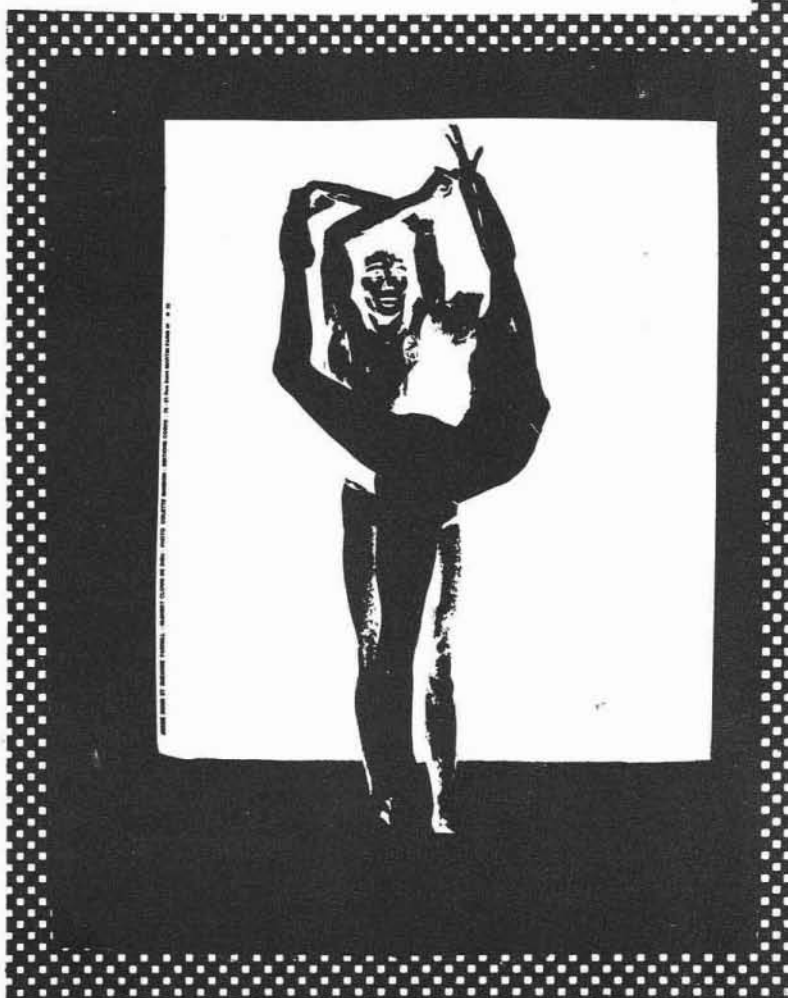
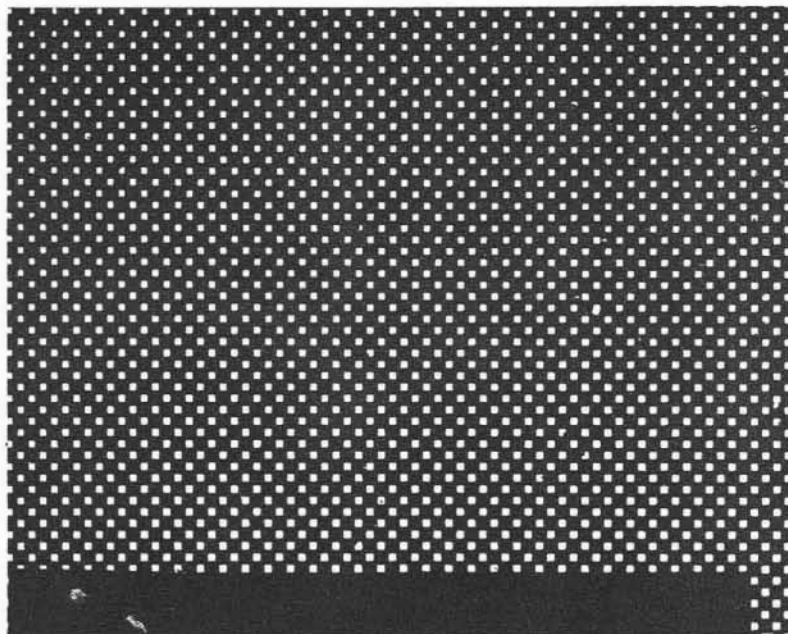
Nijinsky, Clown de Dios, presentado por el Ballet del Siglo XX con coreografía de Maurice Béjart. Música de Pierre Henry y secuencias de la Sinfonía Patética, de Chaikovski. Vestuario de Joelle Roustan y Roger Bernard. Dispositivos escénicos y luces de Roger Bernard. Dirección sonora de Pierre Henry.

Maurice Béjart es, en verdad, una figura del mundo de la danza. Sus coreografías provocan, invariablemente, oleadas de entusiasmo y severas críticas. Se le acusa de ser ecléctico y de no establecer una línea artística determinada. Otros lo consideran un verdadero renovador de la danza, sacándola del usual teatro tradicional y haciéndola más comprensible para multitudes, teatro arena y grandes coliseos deportivos. Pero, en lo que todos coinciden, es en que arrastra un público mayormente joven, nuevo, y que lo aplaude con enorme entusiasmo.

Para mí Béjart es un gran artista, dotado de una extraordinaria sensibilidad, de un gran sentido del humor y con un profundo conocimiento del ballet y del teatro. Maurice parte siempre de lo académico para descomponerlo, desarmarlo, volverlo a armar y transformarlo, imprimiéndole nuevos impulsos y contrastes, siempre con una dedicación total por la renovación del arte del ballet. En todo momento se puede apreciar su continua preocupación por que esta renovación sea profunda y efectiva.

Su nuevo ballet *Nijinsky, clown de Dios* me convence aún más de que Béjart es uno de los mejores coreógrafos de nuestros tiempos y considero ésta su obra más lograda. Si se quiere la culminación de sus búsquedas y de sus inquietudes.

El ya desaparecido bailarín ruso Vaslav Nijinsky (tema central de este ballet) se ha convertido en una figura legendaria de la danza, que las nuevas generaciones han oído mencionar como el bailarín que poseía el más extraordinario salto. Pero Nijinsky fue algo más que eso como artista y como ser humano. Y fue una figura patética, como Béjart la ha sabido deli-



near. Sergio Diaghilev, el organizador de las giras de los Ballets Rusos antes de la primera Guerra Mundial, que causaron un verdadero escándalo artístico en Europa, fue un personaje menos conocido, pero no menos interesante e importante.

Béjart ha utilizado estas dos personalidades, que estuvieron íntimamente unidas, tan disímiles en el carácter, pero tan ligados en el renacimiento del arte de la danza, después de su decadencia a finales del romanticismo. Utilizando las propias palabras del gran bailarín, volcadas en su diario, (que se pudiera considerar una "hoja clínica" del desarrollo de una sicosis esquizofrénica que al fin dio término), Béjart desarrolla su acción presentando a Diaghilev como una deidad: un gigantesco muñeco que siempre es acompañado por un Diaghilev de tamaño natural (Pierre Dobrevitch, muy dramático) como un reflejo humano del gran organizador.

Nijinsky (Jorge Donn) se destaca del grupo de bailarines que cubren la escena, (que al comienzo son "la masa inerte") y es convertido en la gran estrella de los Ballets Rusos.

Sucesivamente aparecen los roles mas destacados del gran artista: el Fauno, el Esclavo de Oro, Petrushka, y El espectro de la rosa, cada uno acompañado de su "clown" correspondiente, que destacan aún más la tragedia interior del bailarín ruso, en su búsqueda del amor.

Cada rol de Nijinsky es acompañado de su correspondiente pareja y, en algunos casos, un pequeño cuerpo de baile. Su compañera más asociada a su carrera artística, la extraordinaria Tamara Karsavina (Catherine Verneuil, aunque en otras ocasiones el papel lo baila también la cubana Menia Martínez) es representada en el ballet como la Bailarina, una figura idealizada y pura en su blanco traje de Sífide.

Una enorme cruz negra, situada al fondo, dentro de un círculo blanco, domina la escena y produce el ambiente místico que caracterizó la demencia de Nijinsky. También una serie de círculos diagonales en el piso de la escena poligonal, con tres grandes brazos que se extienden hasta perderse en el público y el fondo, recuerdan sus dibujos y pinturas.

Béjart, utilizando un arco, plantea claramente la personalidad posesiva de Diaghilev, quien juega con él hasta rodear a Nijinsky.

Aparece la mujer (Suzanne Farrell) y el gran bailarín sucumbe a sus encantos y contrae nupcias. Diaghilev jamás le perdonó a Nijinsky su clown, su obra, este alejamiento que terminó con un rompimiento total de la amistad que los unía.

En síntesis, el ballet se desarrolló como sigue: Diaghilev (Dios) crea de la masa inerte un artista, el Hombre, y le da las posibilidades del más grande éxito en los Ballets Rusos (el paraíso terrestre).

El artista busca la verdad (el amor) y aparece la Mujer (la serpiente los tienta). La cólera de Diaghilev lo expulsa de los Ballets Rusos (la pérdida del Paraíso) y ya nunca volverá a bailar los roles que tanto amaba.



Arriba: el bailarín argentino Jorge Donn en *Nijinski*, clown de Dios, de Béjart (fotos: Colette Masson, París). Pág. 13, arriba: Donn con Pierre Dobrevitch en la misma obra (foto: Masson, París). Abajo: Maurice Béjart (foto: Rosemary Winckley).



Asimismo se presenta la guerra y la alienación de Nijinsky con los elementos místicos y su fijación: "Yo soy Dios".

Desde luego, el Ballet del Siglo XX se ha destacado siempre por la magnífica calidad de sus bailarines hombres, sobre los que Béjart apoyaba mayormente sus coreografías. Pero en la función que observamos, se evidencia un reforzamiento notable en el elenco femenino que es de gran calidad.

Mención especial debemos hacer del excelente trabajo de Jorge Donn (bailarín argentino), que no sólo interpretó el papel central con una profunda incorporación del personaje, sino que transitó a través de la enorme gama de estilos que demanda la obra, sin esfuerzo, y sin perder un sólo momento la línea dramática principal.

Sin problemas técnicos en los difíciles pasos que Béjart le ha coreografiado, Donn salta sin dificultad desde el clásico Espectro de la rosa a la danza contemporánea y a las expresiones grotescas del clown.

Paolo Bortoluzzi, como El espectro de la rosa demuestra una vez más su extraordinaria ductilidad; pero, además posee una base académica muy pura, que viene desde la antigua escuela italiana. Su quinta posición es cerrada, sus vueltas son seguras y bien terminadas, su "batterie" impecable y su línea larga, extendida: uno hubiera deseado verlo terminar completo el pas de deux de El espectro de la rosa, quizás la obra que más fama dio a Vaslav Nijinsky. Suzanne Farrell

es una nueva adquisición del Ballet del Siglo XX. Viene de las filas del New York City Ballet. Con piernas extraordinariamente largas, magníficas extensiones y un gran "cambré", se pudiera decir es un ejemplo típico de las bailarinas del N. Y. City Ballet, y llevó el personaje de "La jeune fille en rose" discretamente. Quizás por no haberle sido fácil integrarse plenamente al estilo Béjart.

Victor Ullate, bailarín español de magnífica calidad técnica, interpretó el "clown" del role principal con verdadero patetismo, venciendo las múltiples dificultades coreográficas con gran acierto. Catherine Verneuil, en el papel de la Bailarina (Tamara Karsavina) estuvo muy cuidadosa del detalle.

La Serpiente, de Angele Albrecht, me parece un momento muy logrado del ballet.

Múltiples aplausos y bravos le tributó el numeroso público que colmaba la sala, a Béjart y su Ballet del Siglo XX. Aplausos muy merecidos por toda la compañía. (Prensa Latina)

